

KATE DICAMILLO

La rebelión del tigre



«Una novela juvenil delicada
pero sorprendentemente poderosa.»

The Guardian

KATE DICAMILLO

La rebelión del tigre

Traducción de
José Manuel Moreno Cidoncha

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora, o se emplean de manera ficticia.

LA REBELIÓN DEL TIGRE

Título original: *The Tiger Rising*

Texto © 2001, Kate DiCamillo

Ilustración de portada: © 2001, Chris Sheban

Publicado según acuerdo con Walker Books Limited, London SE11 5HJ.
Todos los derechos reservados

Traducción: José Manuel Moreno Cidoncha

D.R. © 2021, Editorial Océano, S.L.
Milanesat 21-23, Edificio Océano
08017 Barcelona, España
www.oceano.com
www.grantravesia.es

D.R. © 2016, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México
www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición: 2021

ISBN: 978-84-122940-7-1
Depósito legal: B 1550-2021

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005340010121

Para mi hermano

Agradezco a Matt Pogatshnik
por darme la música, a Bill
Mockler por su lectura
incondicional, a la Fundación
McKnight por otorgarme
tranquilidad, a Jane Resh Thomas
por iluminar el camino, a Tracey
Bailey y a Lisa Beck por ser
mis amigos de “La muerte del
hombre contratado”*, a mi madre
por alentarme a no darme por
vencida, y a Kara Lareau por
creer que podía... y que puedo.
Y que podré.

* Hace referencia al poema de Robert Frost incluido en su obra *Al norte de Boston* (1914).

Capítulo

I

Es a mañana, después de haber descubierto al tigre, Rob se situó bajo el letrero del motel Estrella de Kentucky y esperó a que llegara el autobús de la escuela, como lo habría hecho cualquier otro día. El letrero del Estrella de Kentucky estaba formado por una estrella de neón de color amarillo que subía y bajaba sobre una silueta de neón azul con la forma del estado de Kentucky. A Rob le gustaba el letrero; le hacía albergar una tenue, pero permanente sensación de que le traería buena suerte.

Encontrar al tigre había sido un golpe de suerte, él lo sabía. Había salido al bosque que hay detrás del motel Estrella de Kentucky, y se había internado en él sin estar realmente en busca de nada, tan sólo pasaba el rato con la esperanza de que tal vez podría perderse o ser comido por un oso y así no tener que ir al colegio nunca más. Fue entonces cuando vio la vieja gasolinera de Beauchamp, toda tapiada y medio derruida. Junto

a ella había una jaula, y dentro de la jaula, aunque resulte imposible de creer, había un tigre, un auténtico y enorme tigre que deambulaba de un lado a otro sin cesar. Era de color naranja y dorado, y tan brillante que era como mirar al mismo sol, enfurecido, dentro de una jaula.

Ocurrió en las primeras horas de la mañana en las que parecía que fuera a llover; al igual que todos los días durante casi las dos últimas semanas. El cielo estaba gris, y el aire espeso y en calma. La niebla abrazaba el suelo. Para Rob parecía como si el tigre fuera un truco de magia surgido de la niebla. Estaba tan sorprendido por su descubrimiento, tan estupefacto, que se quedó en pie y lo contempló. Pero sólo durante un minuto; tuvo miedo de mirar al tigre demasiado tiempo, miedo de que el tigre desapareciera. Lo observó fijamente, y luego se dio media vuelta y corrió hacia el bosque, de vuelta al motel Estrella de Kentucky. Y durante todo el camino de regreso a casa, mientras su cerebro ponía en duda lo que había visto, su corazón le susurraba una rotunda verdad con cada uno de sus latidos: *Ti-gre. Ti-gre. Ti-gre.*

Eso era en lo que Rob pensaba mientras permanecía bajo el letrero del Estrella de Kentucky y esperaba el autobús. El tigre. No pensaba en el sarpullido de sus piernas, en las ampollas rojas que le irritaban y serpenteaban hasta sus zapatos. Su padre le dijo que

sería menos probable que le picaran si no pensaba en ello.

Y no pensaba en su madre. No había pensado en ella desde la mañana del funeral, la mañana en la que no había podido dejar de llorar con grandes y jadeantes sollozos que herían su pecho y su estómago. Al mirarlo, su padre, que estaba de pie junto a él, también había comenzado a llorar.

Ese día ambos estaban vestidos con trajes. El traje de su padre le quedaba demasiado pequeño. Y cuando abofeteó a Rob para que dejara de llorar, se abrió un agujero bajo la manga de su chaqueta.

—No hay ninguna razón para llorar —le dijo su padre después—. El llanto no hará que regrese.

Habían pasado seis meses desde ese día, seis meses desde que él y su padre se habían trasladado de Jacksonville a Lister, y Rob no había llorado desde entonces, ni una sola vez.

La última cosa en la que pensaba esa mañana era en subirse al autobús. En concreto, no pensaba en Norton y Billy Threemonger esperando su regreso como perros guardianes encadenados y hambrientos, deseosos de atacar.

Rob tenía una estrategia para no-pensar en las cosas. Se imaginó a sí mismo como una maleta demasiado llena, como la que había empaquetado cuando salieron de Jacksonville después del funeral. Hizo que

todos sus sentimientos cupieran en el interior de la maleta; los metió a presión y luego se sentó en ella y la cerró de golpe. Ésa era la forma en la que no-pensaba sobre las cosas. A veces resultaba difícil mantener la maleta cerrada. Pero ahora tenía algo que poner encima: un tigre.

Así, mientras esperaba el autobús bajo el letrero del Estrella de Kentucky y las primeras gotas de lluvia caían del plomizo cielo gris, Rob imaginó al tigre en la parte superior de su maleta, haciendo parpadear sus ojos dorados, sentado orgulloso y fuerte, impasible ante todos los no-pensamientos que pugnaban por salir de su interior.

Capítulo

2

—**M**irad quién está aquí —dijo Norton Threemonger tan pronto como Rob subió al autobús escolar—. Es la *Estrella de Kentucky*. ¿Qué se siente al ser una estrella? —Norton estaba en el centro del pasillo, impidiendo el paso.

Rob se encogió de hombros.

—Oh, no lo sabe —Norton llamó a su hermano—. ¡Eh, Billy, el chico no sabe qué se siente al ser una estrella!

Rob se escabulló de Norton. Caminó todo el pasillo hasta la parte trasera del autobús y se sentó en el último asiento.

—¡Eh! —dijo Billy Threemonger—. ¿Adivina qué? Esto no es Kentucky. Es Florida.

Siguió a Rob y se sentó junto a él.

Puso su rostro tan cerca que Rob podía oler su aliento. Era un aliento desagradable. Olía a metálico y podrido.

—No eres una estrella de Kentucky —dijo Billy con los ojos refulgentes bajo la visera de su gorra de John Deere—. Y seguro que tampoco eres una estrella aquí en Florida. No eres una estrella en ningún sitio.

—Está bien —dijo Rob.

Billy lo empujó con fuerza. Y luego Norton llegó a la parte trasera pavoneándose, se inclinó sobre Billy, le agarró el pelo a Rob con una mano y con la otra apretó los nudillos en su cuero cabelludo.

Rob se quedó allí sentado sin rechistar. Si se hubiera defendido, el suplicio habría durado más tiempo. Si no respondía a sus ataques, a veces se aburrían y lo dejaban en paz. Eran los tres únicos chicos que iban en el autobús hasta que entraban a la ciudad y el señor Nelson, el conductor, fingía que no sabía lo que estaba pasando. Conducía con la mirada al frente mientras silbaba canciones carentes de melodía. Durante el trayecto, Rob estaba solo y lo sabía.

—Está lleno de esa asquerosa porquería por todo el cuerpo —dijo Billy, y señaló las piernas de Rob—. Mira —le dijo a Norton—, ¿no es repugnante?

—¿Eh?, sí —dijo Norton, que estaba concentrado presionando sus nudillos en la cabeza de Rob. Dolía, pero Rob no lloró. Él nunca lloraba. Era un profesional en el arte de no-llorar. Era el mejor no-llorador del mundo. Y eso enfurecía aún más a Norton y a Billy Threemonger. Hoy, además, Rob tenía consigo la fuerza

del tigre sobre la maleta. Todo lo que tenía que hacer era pensar en ello, y sabía que de ninguna manera iba a llorar. Jamás.

Todavía se encontraban a medio camino rumbo a la ciudad cuando el autobús se detuvo con una sacudida. Esto era un acontecimiento sorprendente, que el autobús parara a mitad de su recorrido, que Norton dejara de apretar sus nudillos contra el cuero cabelludo de Rob y que Billy no diera más puñetazos en el brazo de Rob.

—¡Eh! señor Nelson —gritó Norton—. ¿Qué está haciendo?

—Aquí no hay ninguna parada, señor Nelson —clamó Billy amablemente.

Pero el señor Nelson no les prestó atención. Siguió silbando su no-canción cuando abrió la puerta del autobús. Y mientras Norton y Billy y Rob miraban con la boca abierta y sin decir palabra, una chica con el pelo rubio y un vestido de encaje rosado subió los escalones y abordó el autobús.

Capítulo

3

Nadie llevaba vestidos de encaje de color rosado en la escuela. Nadie. Incluso Rob sabía eso. Contuvo el aliento mientras observaba a la chica caminar por el pasillo del autobús. He ahí alguien aún más extraño que él. No tenía duda alguna de ello.

—¡Eh! —gritó Norton—. Esto es un autobús escolar.

—Lo sé —dijo la chica. Su voz era ronca y profunda, y las palabras que pronunció sonaron entrecortadas y extrañas, como si estuviera estampando cada una de ellas con un molde de galletas.

—Vas vestida para ir a una fiesta —dijo Billy—. Éste no es el autobús para las fiestas —le dio un codazo en las costillas a Rob.

—Ja, ja —rió Norton, y le dio un amistoso golpe a Rob en la cabeza.

La chica estaba en el centro del pasillo, balanceándose con el movimiento del autobús. Miró fijamente a los chicos.

—No es culpa mía que no tengáis ropa bonita —dijo finalmente. Se sentó y se colocó de espaldas a ellos.

—¡Eh! —dijo Norton—. Lo sentimos. No queríamos ofenderte. ¡Eh! —dijo de nuevo—. ¿Cómo te llamas?

La chica giró su cabeza y los miró. Tenía una nariz y un mentón afilados, y unos ojos muy, muy negros.

—Sixtina —repuso ella.

—Sixtina —chilló Billy—. ¿Qué clase de nombre estúpido es ése?

—Como la capilla —lo dijo lentamente, haciendo que cada palabra sonara con claridad y contundencia.

Rob la miró sorprendido.

—¿Qué miras? —preguntó ella.

Rob sacudió la cabeza.

—Sí —dijo Norton y le pegó un manotazo en la oreja a Rob—. ¿Qué miras, enfermo? Vamos —le dijo a Billy.

Y juntos avanzaron contoneándose por el pasillo del autobús y se sentaron en el asiento que estaba justo detrás de la chica nueva.

Comenzaron a susurrarle cosas, pero Rob no conseguía escuchar lo que decían. Pensó en la Capilla Sixtina. Había visto una foto en el enorme libro de arte que la señora Dupree tenía en una pequeña repisa detrás de su escritorio en la biblioteca. Las páginas del libro eran resbaladizas y brillantes. Y cada

una de las imágenes hacía que Rob se sintiera fresco y dulce por dentro, como un vaso de agua en un día caluroso. La señora Dupree permitió que Rob hojeara el libro porque tenía un comportamiento bueno y callado en la biblioteca. Era su recompensa para él.

En el libro, la imagen de la bóveda de la Capilla Sixtina mostraba a Dios estirando el brazo para tocar a Adán. Era como si estuvieran jugando al tú la llevas, como si Dios estuviera diciéndole a Adán: tú la llevas. Era una imagen hermosa.

Rob contempló por la ventana la lluvia gris y el cielo gris y la carretera gris. Pensó en el tigre. Pensó en Dios y Adán. Y pensó en Sixtina. No pensó en el enrojecimiento de sus piernas. No pensó en su madre. Y no pensó en Norton y Billy Threemonger. Se aseguró de que la maleta se mantuviera bien cerrada.

Capítulo

4

Sixtina estaba ahí para incorporarse al mismo grupo de sexto de Primaria que Rob. La señora Soames le pidió ponerse en pie y presentarse ante los demás.

—Me llamo —dijo con su voz grave— Sixtina Bailey —luego permaneció en pie en la parte delantera del aula con su vestido de color rosado, y todos los niños la miraron con la boca abierta, como si hubiera descendido de una nave espacial proveniente de otro planeta. Rob bajó la mirada hacia su escritorio. Él sabía que no debía mirarla. Comenzó a esbozar un dibujo del tigre.

—¡Qué nombre tan bonito! —dijo la señora Soames.

—Gracias —repuso Sixtina.

Patrice Wilkins, que estaba sentada en frente de Rob, resopló y luego rio y luego se cubrió la boca.

—Soy de Filadelfia, Pensilvania —dijo Sixtina—. El lugar donde se encuentra la Campana de la Libertad. No me gusta el sur, porque la gente que vive aquí es ignorante. No me quedaré aquí, en Lister. Mi padre

vendrá por mí la semana próxima —miró alrededor de la habitación con actitud desafiante.

—Bueno —dijo la señora Soames—. Muchas gracias por haberte presentado, Sixtina Bailey. Puedes tomar asiento antes de seguir metiendo la pata.

Toda la clase rio con el comentario. Rob levantó la vista al tiempo que Sixtina se sentaba. Ella lo miró. Luego le sacó la lengua. ¡A él! El chico negó con la cabeza y volvió a su dibujo.

Esbozó el tigre con sus lápices, pero lo que quería hacer era tallarlo en madera. Su madre le había enseñado a tallar, le había enseñado cómo tomar un trozo de madera y hacer que cobrara vida. Le enseñó cuando estaba enferma. Rob se sentaba en el borde de su cama y observaba las pequeñas y pálidas manos de su madre muy de cerca.

—No sacudas la cama —dijo entonces su padre—. Tu madre sufre mucho dolor.

—No me hace daño, Robert —repuso su madre.

—No te agotes con esa madera —dijo su padre.

—Está bien —dijo su madre—. Sólo le enseño a Rob algunas cosas.

Pero ella dijo que no tenía que enseñarle mucho. Su madre le dijo que él ya sabía qué hacer. Que sus manos lo sabían, eso es lo que dijo.

—Rob —dijo la profesora—. Necesito que vayas a la oficina del director.

Rob no la oyó. Estaba dibujando el tigre, intentaba recordar la expresión de sus ojos.

—Robert —dijo la señora Soames—. Robert Horton —Rob levantó la vista. Robert era el nombre de su padre. Robert era el nombre con el que su madre se dirigía a su padre—. El señor Phelmer quiere verte en su oficina. ¿Entiendes lo que digo?

—Sí, señora —contestó Rob.

Se levantó, cogió su dibujo del tigre y lo dobló y lo guardó en el bolsillo trasero de sus pantalones cortos. Al salir de la clase, Jason Uttmeir le puso una zancadilla y le dijo:

—Nos vemos más tarde, retrasado —y Sixtina miró hacia él con sus diminutos ojos negros. Le lanzó una mirada de auténtico odio.

Capítulo

5

La oficina del director era pequeña y oscura y olía a tabaco de pipa. La secretaria miró a Rob cuando éste entró.

—Ve directamente a la parte de atrás —dijo ella señalando con su gran cabeza rubia—. Te está esperando.

—Rob —saludó el señor Phelmer cuando Rob entró en su despacho.

—Señor Phelmer —contestó el chico.

—Toma asiento —dijo el señor Phelmer, señalando con su mano la silla de plástico de color naranja que tenía frente a su escritorio.

Rob se sentó.

El señor Phelmer se aclaró la garganta. Acarició el escaso mechón de pelo despeinado que tenía sobre su cabeza calva y se aclaró la garganta una vez más.

—Rob, estamos un poco preocupados —dijo finalmente.

Rob asintió. Así era como el señor Phelmer iniciaba todas sus conversaciones con él. Siempre estaba preocupado: preocupado de que Rob no se relacionara con el resto de los estudiantes, preocupado de que no se comunicara, preocupado de que no lo estuviera haciendo bien en la escuela de ninguna manera posible.

—Es sobre tus, ejem, piernas. Sí. Tus piernas. ¿Has seguido con tu tratamiento?

—Sí, señor —dijo Rob. No miraba al señor Phelmer. En lugar de eso, se quedó observando el muro de paneles que había detrás de la cabeza del director. Estaba cubierto con una sorprendente variedad de piezas de papel enmarcadas: certificados y diplomas y cartas de agradecimiento.

—¿Puedo, ejem, echar un vistazo? —preguntó el señor Phelmer. Se levantó de la silla, rodeó su escritorio y miró con atención las piernas de Rob. Después de un minuto, el señor Phelmer regresó a su escritorio, juntó las manos e hizo crujir sus nudillos. Se aclaró la garganta—. La situación es la siguiente, Rob. Algunos de los padres de tus compañeros, no mencionaré nombres, están preocupados de que aquello que hayas contraído pudiera ser contagioso, me refiero a algo que pueda ser transmitido a otros estudiantes —el señor Phelmer se aclaró la garganta de nuevo y miró fijamente a Rob—. Dime la verdad, hijo —pre-

guntó—, ¿has seguido con el tratamiento del que me hablaste? Los remedios que el médico de Jacksonville te prescribió, ¿te los has estado aplicando?

—Sí, señor —dijo Rob.

—Bueno —repuso el Señor Phelmer—, déjame decir lo que pienso. Seré franco contigo: creo que sería buena idea que descansaras en casa unos días. Vamos a darle tiempo de actuar a esa vieja medicina, dejemos que comience a aplicar su magia en ti, y regresarás a clase cuando tus piernas se hayan curado. ¿Qué te parece?

Rob miró sus piernas. Sentía el dibujo del tigre quemándole en el bolsillo. Se concentró en evitar que se le notara la alegría que sentía en su pecho.

—Sí, señor —dijo lentamente—. Eso estaría bien.

—Perfecto —dijo el Señor Phelmer—. Sabía que te parecería un buen plan. Te diré lo que haremos a continuación. Escribiré una nota a tus padres, quiero decir, a tu padre, y le contaré lo que hemos hablado; dile que puede llamarme por teléfono si así lo prefiere. Podemos hablar de ello.

—Sí, señor —dijo Rob de nuevo. Mantuvo la cabeza gacha.

Tenía miedo de mirar hacia arriba.

El señor Phelmer se aclaró la garganta, se rascó la cabeza y se atusó su ridículo mechón de pelo, y luego comenzó a escribir.

Cuando hubo terminado, le entregó la nota a Rob; Rob la cogió y cuando estuvo fuera de la oficina del director, dobló el trozo de papel con cuidado y lo guardó en su bolsillo trasero junto al dibujo del tigre.

Y entonces, finalmente, sonrió. Sonrió porque él sabía algo que el señor Phelmer ignoraba. Sabía que sus piernas nunca sanarían.

Era libre.

Capítulo

6

Rob se sintió flotar el resto de la mañana. Asistió a la clase de matemáticas, de educación cívica y ciencia, y en todo momento sentía su corazón ligero, impulsado por la certeza de que nunca tendría que regresar.

Durante el almuerzo se sentó afuera, en los bancos que había en el corredor techado. No entró en el comedor; Norton y Billy Threemonger estaban allí. Tampoco había probado nada que le gustara desde que su madre murió, y mucho menos en la escuela. Era peor que la comida que su padre intentaba cocinar.

Se sentó en el banco y desplegó ante sí su dibujo del tigre. Sus dedos se morían de ganas de comenzar a tallarlo en madera. Estaba sentado así, balanceando las piernas, observando el dibujo, cuando oyó gritos y un agudo zumbido de excitación como el que emiten los grillos, como el que producen los niños cuando algo sucede.

Se quedó donde estaba. Un minuto después se abrieron las puertas dobles de la cafetería, que tenían un color rojo desvaído, y Sixtina Bailey salió caminando a través de ellas con la cabeza en alto. Detrás avanzaba todo un grupo de niños, y justo cuando Sixtina miró a Rob sentado en el banco, uno de los niños que se encontraba a sus espaldas le arrojó algo a ella. Rob no podría decir de qué se trataba, pero fuera lo que fuera, la golpeó.

¡Corre!, quería gritarle. ¡Date prisa y corre!

Pero no dijo nada. Él sabía que no debía decir nada. Simplemente se sentó y se quedó mirando a Sixtina con la boca abierta, y ella le devolvió la mirada. Luego ella se dio la vuelta y regresó hacia el grupo de niños, como un náufrago que camina hacia aguas más profundas.

Y, de repente, empezó a lanzar puñetazos. A patear. A girar. Entonces el grupo de niños se cerró en torno a ella y la chica pareció desaparecer.

Rob se puso en pie para contemplarla mejor. Vio su vestido rosa, que parecía todo arrugado, como un pañuelo de papel usado. Vio sus brazos moverse sin control.

—¡Eh! —gritó él, sin querer.

—¡Eh! —gritó de nuevo, ahora con fuerza. Después se acercó un poco más, con el dibujo del tigre todavía en su mano.

—¡Dejadla en paz! —gritó, sin poder creer que las palabras salieran de sí mismo.

Ellos lo escucharon y luego se volvieron hacia él. Hubo un momento de quietud.

—¿A quién le hablas? — le preguntó una chica enorme con el pelo negro.

—Sí —dijo otra chica—. ¿Con quién crees que estás hablando?

—Vete —murmuró Sixtina con su voz ronca. Pero no lo miraba. Su pelo rubio estaba pegado a la frente debido al sudor.

La chica del pelo negro se acercó a él y lo empujó.

—Dejadla en paz —dijo de nuevo Rob.

—¿Me vas a obligar tú a hacerlo? —lo desafió la chica del pelo negro.

Todos miraban la escena. Esperaban. Sixtina también esperaba: esperaba a que él hiciera algo. El chico miró hacia el suelo y vio lo que le habían arrojado a ella. Era una manzana. La miró por lo que pareció un momento largo, y cuando volvió su vista hacia arriba, todos seguían ahí, aguardaban su reacción.

Y entonces Rob corrió. Y después de un momento, pudo asegurar que estaban corriendo tras él; no necesitaba mirar hacia atrás para saber que estaban ahí. Él lo sabía. Conocía la sensación de ser perseguido. Dejó caer el dibujo del tigre y corrió a toda velocidad, moviendo las piernas y los brazos con fuerza. Todavía

estaban detrás de él. Una emoción repentina lo recorrió cuando se percató de que lo que estaba haciendo era salvar a Sixtina Bailey.

¿Por qué querría salvar a Sixtina Bailey? ¿Por qué querría salvar a alguien que lo odiaba? No era capaz de hallar una explicación. Él corrió sin más y la campana sonó antes de que lo atraparan. Llegaría tarde a su clase de inglés, porque tenía que caminar desde el gimnasio hasta la parte delantera del colegio. Y no sabía dónde estaba su dibujo del tigre, pero aún guardaba la nota del señor Phelmer en su bolsillo trasero y eso era todo lo que importaba realmente para él: la nota que le permitiría no regresar nunca más a ese lugar.